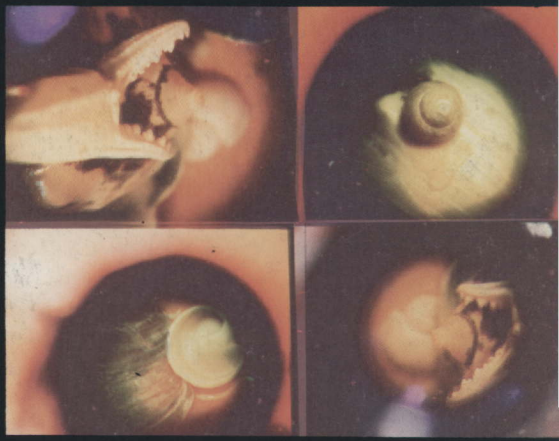
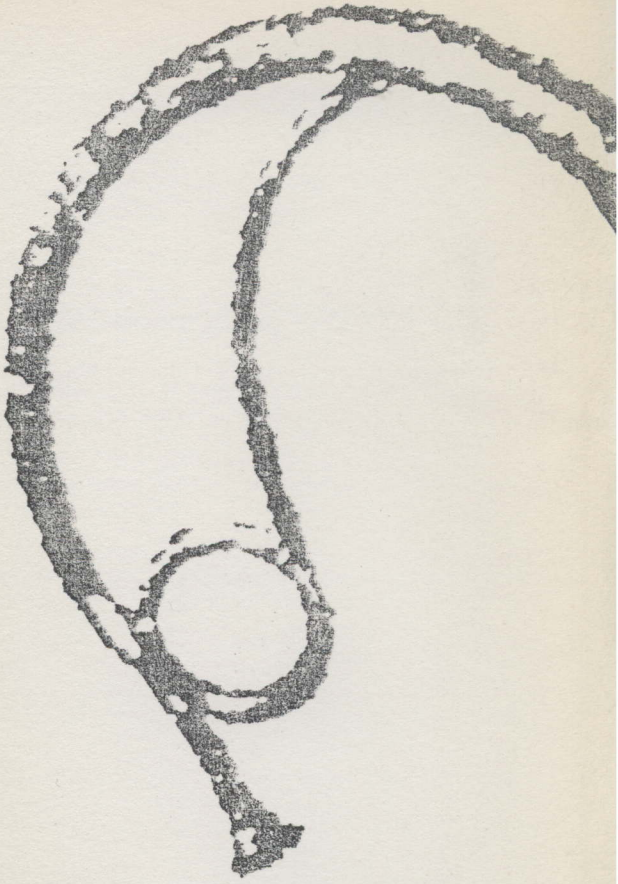
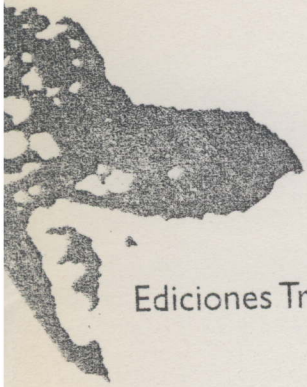


Cornucopia Poesía José Villa Poesía Cornuc

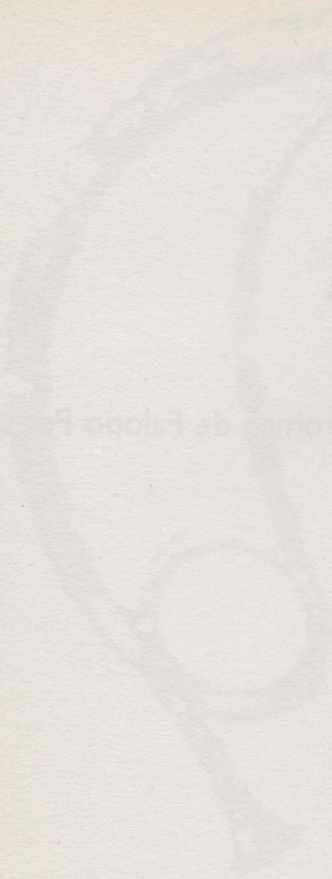
Ediciones Trompa de Falopio



Diseño **Oztia c.visual** ÿ **Carolina Cosentino**
fotografía de tapa **Javier Taboada**
copyright Ediciones Trompa de Falopo 1996
Buenos Aires, República Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.



Ediciones Trompa de Falopo **Poesía**



Cornucopia José Villa

/las mujeres
admirables comen/ frutos
extraños con la carne/
y así la cornucopia
se construye

Yeats

Peras

De una inagotable lucidez. La lluvia era. Con señales de espinas. Sumergidas las latas en la tierra con un martilleo de piedritas. Leve, salpicaba, corría el agua: una membrana para la sed, o espejo, en que la miel se ha concentrado. Y esas marcas, cicatrices, dentelleos, que la nieve y la sangre destilan. Al fin. Todo tiende hacia el fin. Los bordes. Las orillas. En esa réplica, fluido artificial: faldas de algodón, charcos imantados, nubes de hielo y cromo. Los límites son de un abismal centelleo negro que avanza. Luces desde encajes plásticos. Velas desechas de una barca. Momentáneos monstruos en los remolinos. Púas con su lumbre torcida.

Moras

Vi tu boca niña manchada de moras: todo alrededor de los labios impresiones como celdas de las hojas.
Los niños hacen crujir las ramas de los moreros, y el viento sin querer nos llama, o es a nadie, y todo permanece cálido. El viento nos llama. O es a nadie.
Tus ojos son los retratos libidinosos de las moras.
La carne de tus labios me hizo arder. Ahora soy un punto diminuto en un sol despiadado.
Te oigo hablar, intermitente, y pareciera de pronto que mis oídos recuperaran la gracia, para verte: baja la barrera del tren, crecen las ensoñaciones. Cuando me mirás la cámara hace clack, y el mundo vuelve a este recuadro por donde pasa, insustancial, el tiempo.

Higos

Rubios. Al acercarnos a ese molde vimos crecer
la zona. Desde las puertas se oía el latido más que del
corazón; el de otra ausencia. Espuma; cadenas
casi efímeras, y cada una de las trenzas del agua
sobre la tierra humosa de los musgos, las flores vanas,
de un rosa playo. Estar es estar ausente, pegado a las hojas
del acero. Revolviendo con las manos las maderas
frescas: el zumbido de abejas ahogadas en la pileta
de verdeantes piedras. Llamábamos el secreto a su
arquitectura, esa campana, cuya principal decisión
consistía en pesar del otro lado de las cosas, el oro,
por ejemplo. Se eleva, carente de tallo y de raíz, el mismo
fuego. El quehacer constante en la cocina: verse
refleja entre los limbos de aluminio, sostener la misma
propiedad sonora desde afuera: donde van
y donde vienen los pasos. Y fue así. Abrir con los dedos
lisos, de un filamento de papel. Los años -dijiste con
maldad, y yo los vi lejos- no vienen solos. (Corriste una
película de tontas palabras). Sintiéndote bella todavía.

Melones

Ahora entrás a la casa (y pueden oírse los llaveros dorados). -En otra dimensión (más pura): los mimbres resueltos con barniz, el polen amarillo de los melones, la herida donde para la mujer, el perfume se hiela.
Ahora vas a la cocina, te interrumpen amargos pensamientos, tocás tu cabello y tu frente -y a mediodía está el fruto vivo en una luz gaseosa. -Planos, en planos diferentes, la máscara va separándose de la lengua,...y... cuando ella lo atraviesa con el agua y la suavidad metal: el cuchillo, la lengua va saliendo de la máscara. Semillas sobre un papel mojado, las letras de un diario... Algo vacío como la hora se agita.

Frutillas

Rouge o nada. Montañas con rasgueos negros e inmensos lagos planos, de metal. Pulidas tribulaciones, pulidos recuerdos alrededor de una mesa donde giró un viento indiferente. Estaban los vidrios cerrados y parecíamos mirarnos dentro de un espejo, nítido, retrovisor. Y manchaste ese remolino insensato con tu rouge. Se posó (violentamente) sobre una cornisa, la eternidad. Con viento y aguas frías aleteó. Por un bisel. Frutillas el gusto más cruel, ácido, en la felicidad del niño, sinsabor de tu nombre, ¿qué no?, también unos ángeles.

Duraznos

Los duraznos, en este verano, no han tardado en crecer: desde un capullo verde y rugoso que en silencio se aproximaba, entre hojas, desde cierta profundidad, a estos enormes frutos que, sin madurar, ya se pudren. Lo cierto es que el verano parece que estallara y el duraznero no da más que frutos inmensos, pero verdes.

El jugo de la savia cristalina irriga las hojas, se inyecta en la fruta y le da esa clara intensidad. No es la tierra ya lo que crece, sino su néctar. De ella se desprende lo inmanente, poderoso, del cielo y tremendo y escarnado de la tierra. El cielo, si tuviéramos que comparar, lo haríamos con un fuego envolvente cuya sustancia sería ligera y cortante.

La tierra asumiría el rol de las partículas sueltas: no habría algo en ella que no fuera un hilo finísimo o un rayo. Sin embargo, la única prueba que deben atravesar los duraznos es la de permanecer, con esa imagen de rey, que dentro suyo posee una luz sibilante. En racimos. O separados. Hay un hilo que los inclina, los levanta, o los conduce hacia cualquier lugar, una playa.

Los duraznos no recuerdan nada, y nada los espera.

Uvas

Diseña un cronograma en su mente. Las uvas aparecen,
altas, y el hombre las mira con intervalos abruptos, como
desviándose de su ruta: unas líneas de hilo rojo,
con números, tachaduras, signos que los modifican.
Las uvas templadas. Entre luces del día.
Irreales. La idea de las uvas no cuaja en el próximo mes.
De vidrio, un terciopelo azul interior, cubriéndolas,
ellas parecen girar con una naturaleza musical que recupera
su forma infantil. Alrededor suscitan meros reversos.
Obnubilados puntos.

Sandías

Sobre la madera que se hincha, yacen, blancas,
veteadas, marrones, las semillas, junto a los restos
del glaciar -esponjosos trechos-. Tus dedos suelen tocar
la perfección, querer, absorber la pequeña concavidad,
completa, real. Y se enfrían las partes
tajeadas, o reposan en un inquebrantable atardecer,
casi impresente, construcciones de arena, hilos que hacen
tic tac. Pero, insinuaciones, muchas nubes pasan
sobre ellas (las sandías, no leer). Hojas
tenues les hacen grabados en sombra. Se ven oleadas
grafías en la cáscara.

Limones

Tras muchas averiguaciones, después de controlar,
fatigar, mapas, hicimos finalmente nuestro viaje: sólo
recuerdo el brillo de los rieles y el polvo fino que
envolvía nuestros rostros. Por el inmenso pasillo:
las plantas secas, los tallos oxidándose, la cocina
intacta (un punto vacío que se ha hundido en el tiempo)
y al fondo el correr de unas azules aguas: es el cielo.
Y el balanceo caliente de unas hojas. Mientras,
más pesados, espectros estallantes, resplandecían
las partículas más claras -los limones- y se cifraba el paisaje
en un código secreto. Lejos, sobre la loma, se veía
la ventanilla de un auto; el lugar del regreso era
el lugar de la muerte. Preparamos la comida; los limones
realizaban una extraña colisión de contrastes con los
restos de la casa. Parte de las paredes y el amarillo rallado
de las frutas había empezado a fundirse. La mañana quedó
aislada. Ramas secas. Paredes húmedas. Proyecciones
deformes. Con un cuchillo oxidado se abre sobre el plato,
hondo, el limón. Corrosivo. Perecerá también cuando todo
esto no sea más que nuestro alimento y nuestro escombro.

Naranjas

A la frutera, el reino (más bien oscuridad)
donde descansa, se le arrebata la superficie rugosa.
Una mano toma, adhiriéndose, hasta ser toda ella
carne sobre cáscara, las dos repentinas esferas
compactadas. Ambas empiezan a rotar. Ambas vibran
hasta desaparecer en ese raro equilibrio. De la piel
cortada: toda la figura detrás del cuchillo es una nube
ácida. Mientras el metal va sepultándola, los
ojos toman la afinada expresión de la distancia.
El alcohol libera su forma y se pierde ingresando
a los poros, contornos inacabados en que lo oscuro
se pliega. Gajos que firmemente van alejándose.
La latencia duradera de las gotas; ellas. Una multitud
de vacíos perfectos. Precariedad o no de la muerte,
eran los reflejos lacerados de la cáscara, infinitas
partes blancas, monótonos, devastadores.

Manzanas

Asperas. Crecieron en lo alto. Y lo más notable de ellas era esa dureza esencial. La flor blanca del manzano asomaba, quieta, entre rendijas, o grumos de vidrio esmerilado. Tensas, mientras iban dorándose de noche, las manzanas se desprendían. Donde podíamos ver, junto a la penumbra de los muros, rodaban con un tintineo lento, espeso. Grumos. Luces que se inflaman, donde se pierde una línea fina de cristal. Todos esos frutos redondos cáscaras, hechos de un polvo límite con la noche. Se desprenden de ahí. Seguimos esa opaca trayectoria, seguros y despiertos. Veíamos ese velo trazante como una estrella. La memoria empezó a entrometer sus inútiles trampas. Otra vez, por el filo desnudo, la barra de luz, que quedaba en la puerta, se movía tu pie, buscando la otra orilla, el otro cuerpo. Verano: en un papel con tinta breve. Azul. Sedosa.

Ediciones Trompa de Falopo

Cornucopia José Villa
El pasillo del tren Laura Wittner
La zanjita Juan Desiderio
Playa Maipú Mario Varela

se terminó de imprimir
en los talleres gráficos
de EMET nº 6
el 5 de diciembre de 1996.
Buenos Aires, República Argentina

Villa Poesía Cornucopia Ediciones Trompa de Falopo